

SE PUBLICA
LOS
DOMINGOS.
PRECIOS:
EN LA
Habana y Matanzas
UN PESO AL MES.
En el interior
TRES PESOS 50 CTS.
por trimestres, adelantados,
FRANCO DE PORTE.
EL NUMERO SUELTO
SE VENDE A
TRES RS. SENCILLOS.



REDACCION
CUBA NUM. 59,
á donde se dirigirán
las reclamaciones que
puedan ocurrir por
virtud de los artículos
que se publiquen.
—
LOS DEMAS
AVISOS Y RECLAMACIONES
pueden dirigirse
A LA
IMP. DEL TIEMPO,
CUBA 71.



LA SERENATA.

PERIODICO SATIRICO, ECONOMICO Y LITERARIO.

OBSERVACIONES

DE TODAS CLASES MENOS POLÍTICAS.

El epígrafe de estos renglones debe de reconciliarnos con el Diario de la Marina, *dado* que indica en nosotros la intencion de *respetar* uno de sus monopolios, y decimos uno, por ser ya cosa averiguada que goza ó pretende gozar de muchos el circunspecto anfibio del Apostadero. He aquí una lista de los principales:

El monopolio de tratar de asuntos políticos: este siquiera es legal.

El de ser dispensador de las patentes de españolismo en Cuba: este es pretencioso.

El de ser el mejor español de España: este es quijotesco.

El de la circunspeccion: este es trivial.

El de nunca equivocarse: este es papal.

El de tener siempre razon en las polémicas: este es infantil.

El de representar la opinion de la

parte mas sensata y mejor de Cuba: este es humorístico.

El de tener ciencia, tino y talento. ¡Con su pan se lo coma!

El de amar al pais. ¡Alma mia, mi amor, paloma mia! le dice Cuba.

El del liberalismo. ¡Aprieta!

El de ser padre maestro del periodismo cubano. ¡Ah!

El de profetizar. ¡Oh! Es un Daniel!

El de..... Pero basta, para muestra, con una docena.

Hasta ahora no nos hemos rozado con la política.

1ª observacion. (Esta no es política, es un apunte estadístico.) Nadie es profeta en su pueblo; pero en cambio todos pueden serlo en pueblo ageno. Egemplos.

Matanzas tiene un Banco: su director y su secretario son forasteros.

Tiene un ferro-carril: su administrador y los principales empleados son forasteros.

Tiene un diario: sus redactores son forasteros.

Tiene una empresa de alumbrado de gas: su administrador es forastero.

Tiene tres sociedades de recreo: sus directores son forasteros.

Tiene un Instituto: su director es forastero.

Tiene un teatro: sus directores y su administrador son forasteros.

Tiene una secretaria política, otra municipal y otra militar: los secretarios son forasteros.

Tiene telégrafo: los telegrafistas son forasteros.

Tiene escuelas municipales: los profesores son forasteros.

Tiene un tribunal de Comercio: sus miembros son forasteros.

Tiene herederas ricas: sus pretendientes son forasteros.

Basta con una docena de ejemplos.

NOTA. El Br. Dulcamara pone en conocimiento del público que está dispuesto á ser *forastero* de Matanzas, siempre que se le quiera agraciarse con uno de esos empleos lucrativos, para cuyo desempeño son completamente inútiles los que nacen á orillas del Yumurí. El Br., para hacer la transaccion de Esaú, exige que el plato de lentejas

valga por lo ménos dos millones de milésimas.

2ª observacion. *La intolerancia* de los empleados crece en razon inversa de su categoría. Demostracion. Si en un baile el Capitan General invita á danzar á una dama y esta por un motivo cualquiera no puede complacerle, aquel caballero se dará por satisfecho con la excusa que le dé la señora: si el que invita es un gobernador de provincia, se mortificará un poco, pero será siempre cortés: si es un teniente de gobernador, quizás se queje indirectamente al padre ó marido de la dama: si es un capitan de partido, dará con marcada ironía las *gracias* á la invitada: si es su teniente, suspenderá á renglon seguido el baile, como hizo, ha poco el de Corral Nuevo segun la voz pública.

Esta observacion, no es política, es sobre moral.

3ª observacion. Las grandes potencias aliadas, que, como todos saben, son la Mojigata y el Crustáceo, sufren exacerbacion de ira contra el enemigo comun, los dias 14 y último de cada mes, vísperas de la salida del Correo para la Península. Esta observacion no es política, es patológica.

4ª observacion. Ha dicho mas de una vez la Prensa que la instruccion produce la inmoralidad: es así que este diario pretende ser ilustrado; ergo.....

Pero si la Prensa dijo de buena fé lo que dijo ¿porqué no deja de ver la luz, *dado que* leyéndola puede alguno irse instruyendo, y no faltará malévolo que enseñe á leer á los chicos en sus columnas? Sra., es preciso tener lógica rectilínea; y decimos "rectilínea" por haber observado que la vuestra es mas intrincada que el mismo laberinto de Creta.

Esta observacion tampoco es política; es filosófica.

5ª observacion. Si los abogados, los litigantes, los ladrones y asesinos no son en número fijo ¿porqué se fija el de los procuradores? Y, si es indeterminado el de hacendados, industriales, vendedores y compradores ¿porqué se fija número para las corredurías?

No alcanzamos la razon de ser de esos dos monopolios: el Diario y la Prensa, deben de considerarlos santos, inviolables, necesarios á la conservacion del orden social; y puede que así lo prueben en luminosos artículos-somatenes.

Esta observacion no es política; es económica.

BR. DULCAMARA.

LA PUERTA DE LA CALLE.

No sé yo si habrán Vds. hecho alto como á mí me sucede, en la multitud de observaciones que suministra la puerta de una de esas casas de modesta apariencia que componen la mayoría de las

de la Habana. Casa sin zaguan y por lo tanto sin portero, irremediablemente tiene que estar cerrada y de aquí nacen repetidas peripecias y variados lances que son la comidilla diaria de las familias que las habitan.

Hay desde luego la particularidad que á esas puertas siempre cerradas es adonde acude mayor número de gentes á llamar, estableciéndose así un constante abrir y cerrar, suficiente á desgonzar la puerta mas sólida y firme. Así es que esto constituye una ocupacion, una faena perenne en todas las casas, donde no se oye otra cosa á cada instante que correr de un lado para otro el cerrojo, cuyo mango tiene siempre empuñado alguno.

He dicho que á esas puertas es precisamente adonde acude mas gente á llamar y es como Vds. comprenderán, porque todas esas *pequeñas necesidades* de la vida, muy urgentes por otra parte, las llenan los moradores de tales casas, recibiendo á sus puertas los diversos artículos que han menester. El panadero, el dulcero, el aguador, el lechero, el huevero, el baratillero, y cuanto vendedor ambulante grita y ahulla por nuestras calles, todos llegan á tocar á las puertas de esas casas y todos son causa de mil incidentes ocasionados por el encierro perpétuo en que por precision se hallan sus habitantes.

Pero no es esto lo bueno, sino que ademas de todos esos que *tocan* con justo motivo la puerta, otros lo efectúan asimismo indebidamente, molestando al vecindario y haciéndole perder la paciencia. Sucede por ejemplo, que un repartidor de novelas á *medio la entrega*, toma la primera calle que se le ocurre y vá tocando de puerta en puerta para dejar en cada cual dos ó tres de las referidas entregas, con objeto de buscar suscritores.

Tengo observado que estos portadores de entregas, tocan siempre las puertas estrepitosamente, haciendo creer á muchos, que les traen alguna nueva importantísima ó que es alguien de la casa á quien vienen persiguiendo y trata de ganar pronto su domicilio.

En estos casos, corre desalado cualquiera de la casa á abrir la puerta, y se queda con tres palmos de narices al ver á un individuo que grave y silenciosamente le alarga las consabidas entregas de varios colores, y apunta con un lápiz de que va provisto, el número de la casa, lo cual quiere decir que se dispone á volver al dia siguiente á importunar y á chasquear de nuevo allí á todos.

Este asunto de las entregas ha solido servir en muchas casas de motivo de disgustos, pues á veces al volver á reclamarlas, sucede que no parecen *ni vivas, ni muertas*, puesto que algun niño las ha hecho pedazos y la criada ha barrido los fragmentos y ha dado con ellos en la *basura*. Cuando tal sucede hay que

andar en *dimes y diretes* que podrian ahorrarse sin la consabida costumbre de repartir *entregas á medio*.

Suelen tambien llamar á las puertas fuertemente, ciertos majaderos que en busca de algunos, indagan su residencia, informándose de casa en casa, sin datos ni señas de ningana clase, por lo que se creen autorizados para preguntar donde primero se les antoja. Si no, es *una pobre*, con un chiquillo á cuestas que se agarra de la aldaba y la sacude con todas su fuerzas hasta que vienen á abrir, pidiendo entonces *una limosna*. A falta de esta otro que toca con el mismo poco escrúpulo en todas las puertas, es á veces un pardito en traje de *sayon* y con una bandejita en la mano que anda pidiendo dinero para *no sé que objeto*.

Por este estilo son innumerables los que llaman á nuestras puertas sin tener para qué y que debieran por lo tanto abstenerse de hacerlo.

Otro género de observaciones por demas curioso hay, que daria abasto para llenar sendas páginas, y es el que resulta interiormente á consecuencia de esa misma necesidad de abrir y cerrar la puerta. Casi siempre precede á esa accion en la mayor parte de las casas uno ó dos gritos dados por lo regular al criado que no acude pronto á dar paso al que llama.

—¡Abre la puerta! ¡Allá van! ¡Qué tocan! ¡Quién es?

—Yo, suele contestar á veces desde la calle una voz desconocida.

—Espérate, no abras, mira por la ventana, advierte á la sazón la ama de la casa; puede que sea un ladrón.

Como los ladrones surgen aquí donde quiera y en pleno dia, la suposicion de la prevenidaseñora no deja de ser fundada.

Lo regular es que no sea tal, sino algun criado de la vecindad que viene á pedir *el diario*, una aguja, ó una *hebrita de seda*. Satisfecho el pedido, vuelta á cerrar la puerta.

De allí á poco un nuevo *¡tan, tan!* produce una nueva alarma.

Lo gracioso es cuando creyendo reconocer en el *modo de tocar* á alguno de casa, ábrese la puerta en semejante confianza y resulta ser un extraño, que introduce la cabeza en la sala y explica el objeto que lo conduce, como no pase adelante á sembrar la confusion entre las muchachas despeinadas y con *túnicos de entre casa*, que suelen ser *túnicos sucios*.

—¿Qué se le ofrecia á V.? pregunta una de las sorprendidas en *aquel traje*, pasándose la mano por la cabeza y un tanto avergonzada.

—Venía á tal cosa, contesta el intruso.

—Ah! sí, tome V. asiento. Fulano, aquí te buscan.

Fulano que tambien está *entre casa*, se presenta en mangas de camisa; en tanto que las muchachas aprovechan la

ocasion para escurrirse y ganar el cuarto, hasta que se va la visita, y se vuelve á cerrar la puerta.

Esas familias pobres, adeudadas, que están siempre temiendo oír llamar á su puerta á un enemigo, vulgo acreedor, tienen un tino especial para conocer por los toques cuando es la mano de la adversidad, la mano de un implacable cobrador que llama siempre de un modo desatemplado y con apresuramiento. ¡Con cuánta angustia oyen golpear su puerta de tan desabrida manera, esas desventuradas madres de familia, y cuánta conformidad necesitan para soportar los reproches, los desmanes y las amenazas de esos desalmados que no entienden de otra cosa que de cobrar su cuenta!.....

La agitada doncella que espera al amado de su corazón, prestando atento oído al mas leve rumor, oye toda confusa dar dos golpes suaves á su puerta y cuando al abrirse esta dispónese á verle entrar y á recibirle con su mas tierna é inefable sonrisa, la que traspasa los umbrales es una negra vieja arrebuja en una manta, que llega á la casa á ver á una *comadre* ó á pedir unas hojitas de llanten.

Pero los toques verdaderamente alarmantes, son los que resuenan en cualquiera puerta á media noche, cuando reina el silencio y todo el mundo duerme. La sorpresa y el pavor de las señoras son entonces grandes. Suele sin embargo ser un borracho perdido en las sombras, á quien le ocurre tocar con golpes repetidos, siguiendo luego su incierta ruta, hasta dar en manos de algun sereno que lo conduce al *vivac*, del cual Dios te guarde, lector, y te preserve, sin que te sirva esto de ofensa.

GENARO ABEL.

LITERATURA INGLESA.

FRIVOLIDAD DE LAS MUGERES.

Florece en las Cortes y en los Palacios, en medio de los teatros y de las grandes asambleas, y no tiene existencia, sino mientras tanto que fija la atención.

Aurelia aunque muger de alta clase ama la vida privada del campo donde pasa una buena parte de su tiempo, en pasearse por las calles de su jardín. Su esposo que es el amigo de su corazón y su compañero en la soledad no ha cesado de estar apasionado de ella, desde el primer día que la vió; y unidos uno al otro por su sensatez, una virtud sólida y recíproca estimación hacen toda su alegría y todo su placer. Su familia tiene tan bien distribuidas las horas de sus devociones y de sus comidas, de sus ocupaciones y de sus diversiones, que pare-

ce una pequeña República: ambos asisten á diferentes reuniones, para encontrarse tambien despues con mas placer: viven algunas veces en la Ciudad, no tanto para gozar, como para digustarse de ella y conocer todo el precio de lo sagrado de la vida campestre. Por este medio queridos de sus hijos y adorados de sus criados, hacen la felicidad uno del otro y causan la envidia, ó mas bien las delicias de todos los que los conocen.

¡Qué diferencia hay entre esta Señora y Fulvia! La última mira á su esposo como á su Mayordomo, y se mofa de la modestia y de la economía como de pequeñas virtudes domésticas que no convienen á una dama de su rango. Considera perdido todo el tiempo que pasa en el seno de su familia, y se imagina que está fuera del mundo cuando no se halla en el teatro, en el paseo ó en la corte: vive en una agitación perpetua de cuerpo y espíritu, y jamas se encuentra bien en un lugar, cuando cree que hay sociedad mas numerosa en otra: faltar á la primera representacion de una ópera, le causaria mas pesar que la muerte de un hijo; mira con lástima á todas las mugeres que son la gloria de su sexo, aquellas que llevan una vida prudente, modesta y retirada, no son á sus ojos sino criaturas pobres de espíritu y sin educacion. ¡Qué mortificacion no seria para Fulvia, si supiese que mientras mas se pone á la vista del mundo mas ridícula parece, y que el brillo en que vive no sirve sino para hacerla mas miserable!

No puedo concluir este artículo sin observar que Virgilio, presenta admirablemente esta pasión dominante de las mugeres por los vestidos y adornos en el caracter de Camila, á quien aunque parece haber despojado de todas las demas debilidades de su sexo, es siempre muger con respecto á esta. El poeta nos dice que despues de haber hecho un gran destrozo en sus enemigos ella dirigió la vista por desgracia á un caballero Troyano, vestido con una túnica bordada, una coraza magnífica y un manto de color de púrpura: un arco de oro, colgaba sobre sus espaldas, un corchete tambien de oro, sostenia su capa y llevaba sobre su cabeza un casco de este brillante metal. La amazona distinguió entre los otros á un guerrero tan ricamente ataviado y conducido por el deseo natural á toda muger de poseer este soberbio equipaje,

.....Totum que incauta per agmena
Fænineo prædæ et spoliorum ardebat
amor.

AN XI 782.

Por este rasgo de moral, diestramente disfrazado, el poeta nos enseña que la imprudencia de ir en pos de esas brillantes niñerías, fué la causa fatal de la muerte de su heroína.

DEL ABUSO DEL TALENTO.

No conozco en este mundo mayor mal que el abuso del talento, y sin embargo no hay vicio mas comun: ambos sexos y todas las clases de la sociedad están infectados de él, y apenas se encuentra una sola persona que no sea mas sensible á la reputacion de tener talento y discernimiento, que á la de probidad y virtud; pero esta desgraciada afectacion de ser mas bien sabio que hombre honrado, ingenioso que bueno y benéfico, es el origen de los malos hábitos que se contraen en la vida, debiendo estas falsas ideas á los libros impíos de los literatos y á la necia imitacion del resto del género humano.

Con este motivo decia Sir Rogerio ayer que en su opinion no habia quien mereciese mas la horca que esos falsos ingenios. Tienen, añadió, reflexiones tan refinadas sobre todo lo que les interesa, que deberian ser notados de infamia y castigados de una manera extraordinaria por obrar como lo hacen contra las mas vivas luces de su inteligencia y por cegarse de tal modo que les chocha tan poco el vicio y la locura como á los hombres de mas baja y limitada capacidad. No hay en la naturaleza monstruo mas deforme que un hombre malvado que tenga mucho talento: se parece á un paralítico con medio cuerpo percluso; goza quizás de los placeres del desenfreno, de la fortuna y de la ambicion, pero ha perdido ya el gusto á la benevolencia, á la amistad y al candor. Scarecrow, el mendigo de Lincoln's Innfields, que se estropeó la pierna derecha para pedir limosna todo el día á fin de tener buena comida y una meretriz por la noche, no es ni con mucho tan despreciable como éste hombre de talento. El mendigo no conoce nada superior á los placeres de los sentidos; encuentra el reposo mas dulce que el trabajo, y con tal de que tenga un buen fuego y su querida no piensa nunca en que merece ser azotado. Todo aquel que no tiene otra felicidad ni otro placer que el satisfacer sus pasiones carnales, es en mi opinion un ser tan insignificante y tan despreciable como el mismo Scarecrow: porque continuó él es indudable que á ellos debemos en su mayor parte la pérdida de la virtud pública ó particular, ya que todo les es indiferente con tal que se haga con un aire gracioso. En cuanto á mí que en este siglo corrompido soy bastante raro para obrar conforme con la naturaleza y la razon, no hago mas caso de un hombre entregado al vicio, que no piensa sino en sí mismo, cualesquiera que sean el aparato y brillo que le rodeen, que del mendigo de que acabo de hablar: á mis ojos es tanto mas miserable cuanto que hace mas daño á la sociedad y es mucho mas rico que aquel desgraciado. Establezco pues por máxima constante

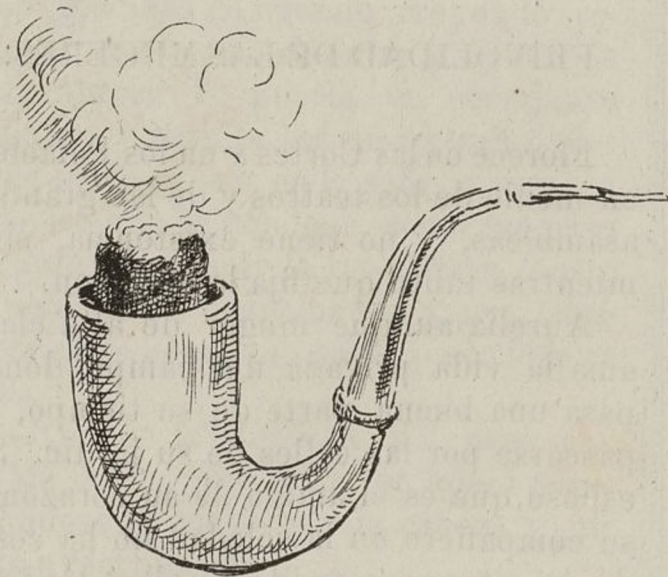
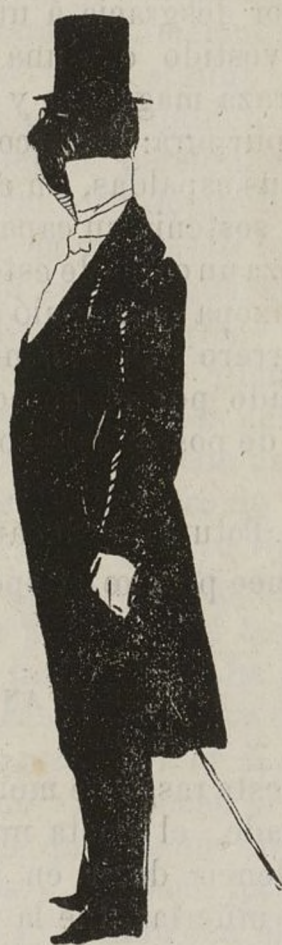
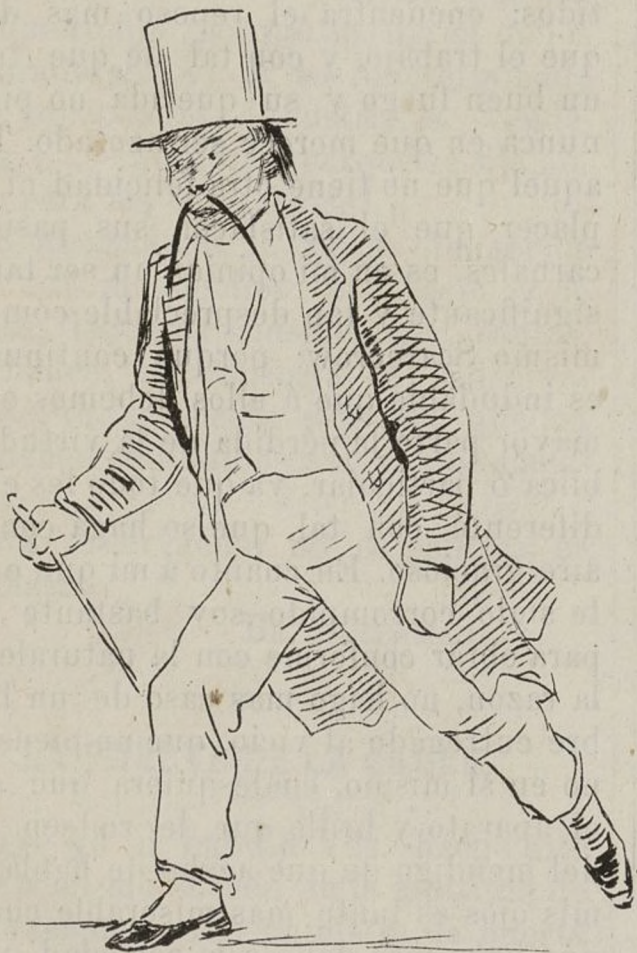
CUENTOS DE SALON.



Napoleon 1º y Mme. Stael en los Campos Elíseos.



NAPOLÉON.—Ya os he dicho, señora, que la muger de mas mérito es la que dá mas hijos á la patria.
 MME. STAEL.—Toma! ese mérito puede tenerlo tambien el hombre, en cuyo caso ahí está el autor de los *Cuentos de Salon*, que con su propaganda matrimonial llena el objeto de vuestra preferencia.
 NAPOLÉON.—Pues entonces diré que los *Cuentos de Guerrero* tienen muchísimo mérito.



ILUSIONES DE OPTICA.

El Dr. Chambombian, médico de cabecera del
 Diario de la Marina atacado de furor SIGLINO.

Un hombre de quien se esperaba mucho.

La pipa de Perez Calvo, ó sea el símbolo
 de la mancha de la PRENSA.

Ayuntamiento de Madrid

A LA MEMORIA DEL BENEMERITO RAMON ZAMBRANA.



LAS CIENCIAS Y LA POESIA LLORAN SU MUERTE.

Ayuntamiento de Madrid

que el espíritu y el cuerpo deben obrar siempre de concierto, que toda acción de alguna importancia ha de tener por objeto el bien público, que el fin general de las que son indiferentes habrá de ser conforme á los principios de la razón, de la religión y de una buena educación.

Sin esto un hombre cojea en vez de caminar, como lo he dado ya á entender, y sus movimientos no son los propios y regulares á la naturaleza humana.

Mientras el buen caballero se dejaba arrastrar por sus reflexiones yo le miraba atentamente lo que creo que le volvió un poco en sí. Mi intención, añadió, al demostrar lo que he manifestado; es decir, que de todos los defectos el menos excusable es el de no pensar en pulir nuestras inteligencias y descuidar por completo nuestras costumbres. La razón á quien tocaba gobernar nuestras pasiones es frecuentemente su esclava, y aunque parezca extraordinario no por eso deja de ser cierto que no siempre la capacidad se halla unida á la honradez. Los individuos no son los únicos que cometen esta falta; hay á veces naciones enteras que se hacen culpables de ellos y quizá después de un serio examen se encontraría que los siglos más cultos han sido también los menos virtuosos. Se quiere atribuir este desorden á la locura de admitir al talento y al saber como méritos en sí mismos, sin considerar su aplicación: de allí proviene la regla de que no se debe mirar tanto lo que hacemos como el modo con que lo hacemos; pero esta falsa de belleza ó máscara con que se les cubre no puede engañar á las personas de sensatez y de verdadero buen gusto. Cuando la modestia cesa de ser el principal adorno de un sexo y la integridad y candor del otro, la sociedad se encuentra falseada en su base y nunca podremos fijar reglas en lo adelante que guíen nuestro juicio á fin de discernir entre lo que es decente y lo que no lo es. La naturaleza y la razón piden una cosa cuando la pasión y el capricho exigen otra; si se obedece á estas se toma un camino embarazoso y sin salida y si se sigue aquellas la ruta es agradable y el fin fácil de alcanzar.

No dudo que la Inglaterra sea al presente una de las naciones más cultas del mundo, pero cualquier hombre que piense puede ver fácilmente que la afectación de estar alegre y á la moda nos ha quitado mucha parte de nuestro buen juicio y de nuestra religión. ¿Hay sin embargo nada más justo como el que la moda y la galantería se funden sobre bases propias y agradables al cumplimiento de las instituciones equitativas y piadosas existentes entre nosotros? ¿Y á pesar de esto hay tampoco nada más común que el que corramos en perfecta contradicción con ellas? Y no obs-

tante se soporta no por otro motivo sino con tal que se haga con lo que llamamos buena gracia.

Nada debemos tener por laudable ó decente sino aquello que la misma naturaleza nos presenta como tales; porque en mi opinión toda clase de superioridad se funda sobre el instinto; y sin embargo ¿qué cosa hay más ridícula que la edad? Hago tan intempestiva transición tratándose sobre este vicio mas que sobre otro cualquiera, á fin de introducir una pequeña historia que creo presentar como un brillante ejemplo de que los siglos más cultos se hallan en peligro de ser los más viciosos.

Sucedió en Atenas que durante la representación en el teatro de una pieza ejecutada en honor de la República un caballero anciano llegó demasiado tarde para conseguir puesto conforme á su edad y á su clase. Mucha parte de los jóvenes al observar su confusión y la dificultad en que se hallaba le hicieron señas para que viniese á su lado donde le colocarían. El buen anciano se deslizó con mucho trabajo á través de la multitud hasta el punto en que ellos estaban: entonces expreso hicieron de modo que no quedase lugar absolutamente para él, viéndose obligado á permanecer en pie y á quedar en evidencia á la vista de toda la reunión, que era el objeto que se proponían. Pero había en estos espectáculos un lugar destinado para los extranjeros, y cuando el anciano muy confuso se dirigió á los palcos de los lacedemonios, estos que pertenecían á una nación más virtuosa que culta, se levantaron todos al aproximarseles y le recibieron con el mayor respeto. Los atenienses admirados de la virtud de los espartanos y de la indignidad de su propia conducta los aplaudieron estrepitosamente y unánimemente, y el anciano exclamó: Los atenienses saben lo que es bueno, pero los lacedemonios lo practican.

BUENAS INTENCIONES.

Cuestión de apreciación me ha parecido siempre la de las intenciones que en cualquier particular pueda abrigar un hombre. Obsequiando á una mujer, por ejemplo se dice, que lleva buenas intenciones el que trata de casarse con ella. Este es al menos el parecer de los padres. Satisfecho este compromiso, cumplida esta intención, la responsabilidad cesa. Los padres no piden más, ni aspiran á otra cosa.

Una vez averiguado que el pretendiente puede casarse, porque tiene *con qué*, de lo que se trata es de que se case. Lo demás poco importa á los padres é importar debe á los novios después de casados.

“A la muchacha no le faltará qué comer,”—piensa el previsor papá; y con esto se queda muy tranquilo respecto al porvenir de su vástago.

Lo que está por averiguar ahora es si en te-

niendo *que comer* una mujer casada, lo tiene ya todo. Indáguese esto en la historia matrimonial de todos los tiempos y quedará satisfecha la curiosidad.—Yo desde luego me atengo al principio conocido, aunque muy descuidado, de que no se alimenta el hombre solo de pan, y no me asombra nada de lo que sucede á cuantos lo desatienden en el trascendental asunto de que tratamos.

Para la gran mayoría, una mujer ha hecho un buen matrimonio, cuando se ha unido á un hombre provisto de los recursos necesarios para poner casa, para poner carruaje, para poner buena mesa, para ponerle á ella buenos y lujosos trajes, para ponerla en fin bajo un pie brillante. Todo como se vé es asunto de *posición* exterior, de aparato, ó mas bien de apariencia.

Luego que un hombre se halla en aptitud de poner á disposición de una mujer todas esas cosas, se le reconoce el derecho de preferencia y se le considera buen partido. Se casa, entra la mujer en posesión de tales conveniencias y empieza á ser envidiada. A la vuelta de cierto tiempo, ella sola sabe á qué atenerse y á su vez envidia la suerte de sus más envidiosas. Su casa sin embargo continúa bajo el mismo pie de ostentación; su mesa permanece ricamente provista; sus carruajes allí están siempre á su disposición; sus modistas, diligentes y hábiles, prosiguen embelleciéndola con los recursos de su arte. Nada ha variado: todo se halla lo mismo que el día de la boda. Ella mientras tanto sondea las profundidades de su corazón y se espanta de la soledad que en él reina. Vacío y tristeza, abatimiento y desencanto, esto es todo lo que le resta de sus doradas ilusiones

Pero esta es una víctima de alto rango y no queremos ahondar ahí más. Pasemos á otro orden de infortunios más al alcance de nuestra observación y examinemos sus causas.

Una joven que tenía algo bueno en el alma, inspiró á cierto caballero el pensamiento de hacerla su mujer. Contaba con una regular renta para poder vivir holgadamente y sin molestarse por lo tanto en trabajo de ninguna especie. Así es que los padres de nuestra joven no tuvieron reparo en admitirle para que se casase con ella. Esta por su parte tampoco halló inconveniente alguno en acceder á lo que se deseaba, y étela oyendo los requiebros de su pretendiente y enamorándose de él sin saber cómo

Un día al fin amaneció casada, y toda aturdida con las obligaciones de su nuevo estado, anheló naturalmente ser guiada por su compañero, para lo cual le dirigió mil preguntas y le hizo presente mil dudas que se le presentaban. A todo respondió nuestro joven con multitud de caricias y agasajos, sin darse por notificado de cuanto ella le proponía. Verdad es que al pobre diablo no se le ocurría cosa de provecho, ni juzgaba ser otra su misión que la de halagar mucho á su mujer y darle gusto en todo.

Al cabo de un par de meses ella se sentía disgustada y él no hacía alto en semejante acontecimiento. También empezaba él á disgustarse de la vida matrimonial, que hallaba en extremo sujeta y monótona, y á desear su antigua independencia. Bostezaba él á cada paso, y ella inclinaba la frente cubierta de tristeza.—¡Qué cuadro!

Otros dos meses, y desaparece de esa escena uno de los personajes. La joven está sola,

abandonada, sumergida en dolorosa meditacion. El ha vuelto á sus antiguos usos, á sus disipaciones de otro tiempo: ha recobrado su libertad.

Y sin embargo, él habia ido á la casa de esa infeliz con muy buenas intenciones, puesto que lo llevaba el propósito de casarse con ella. Habíalo efectuado, su palabra empeñada la habia cumplido y nada tenia que reprocharse. Es verdad que abrigando las mejores intenciones del mundo, habíale sorprendido el hastío á poco de casado, y que su mujer no era feliz; pero de esto no podia él haber salido garante al conducirla al altar, ni de tal se habia tratado al proceder al arreglo de su matrimonio. ¿Quién tenia la culpa entonces? Despues de todo, á ella no le faltaba que comer....

La constante repeticion de estos hechos, no harán variar por cierto la errónea conducta de los padres, empeñados únicamente en colocar bien á sus hijas, solo bajo el punto de vista de la conveniencia material.

“Traiga dinero el novio y la muchacha es suya.”—No hay mas.

Triste cosa es en verdad que hayamos llegado á tal degradacion, que se adjudique ya la mujer como en pública subasta, al que mas ofrece por ella.

¿Cuántos remordimientos devorarán la conciencia de esos padres que inicuaamente disponen así del porvenir de sus hijas, casándolas contra su voluntad con un necio, con un alma de cántaro incapaz de apreciar las buenas cualidades que puedan ellas poseer! Con los que lejos de proporcionarles el menor beneficio las extravían, las colman de hastío y siembran en sus almas el desencanto, la angustia y á veces hasta las precipitan en el abismo de la depravacion y el vicio.

A mí me ha causado siempre risa oír hablar de felicidad en el matrimonio á gentes descuidadas y poco entusiastas hasta de la lectura. Hombres que jamás toman un libro en sus manos; que jamás se les vé apasionados de nada que no sea pueril y tonto; que hablan pésimamente su mismo idioma; que escriben cometiendo las faltas mas groseras de estilo y hasta de ortografía; que son en una palabra, vivo ejemplo de una educacion malísima y de una superlativa ignorancia en todas las materias.

Y así y todo pretenden ser felices en el matrimonio, como si los principales elementos de dicha en ese estado, no fuese el hombre quien debiese siempre llevarlos consigo y darles por sí mismo el debido desarrollo. La felicidad no es una consecuencia precisa del matrimonio, sino que hay que labrarla y procurársela allí por diversos medios. Es obra de nuestro propio esmero y de nuestra buena voluntad. Lo demas es soñar en imposibles.

Ahora bien ¿se deberá asegurar de un hombre de tales antecedentes que lleva buenas intenciones al solicitar en matrimonio á una jóven? ¿Qué intenciones buenas pueden ser las de uno que empieza por estar desprovisto hasta de los mas comunes conocimientos? Un hombre ilustrado tiene necesariamente que hacer mas feliz á una mujer, que el que todo lo ignora y nada anhela saber. La mujer es un libro que hay que leer con detenimiento para apreciarlo unas veces, para corregirlo otras y siempre para estudiarlo.

Quien lleve otras miras al matrimonio irá errando, y solo los padres sin sentido comun, podrán decir de él, que lleva buenas intenciones.

GENARO ABEL.

UN PENSADOR PROFUNDO Y ERUDITO INVESTIGADOR.

Los lectores de la asendereada *Prensa de la Habana* deben haber pasado una mañana deliciosa el dia 21 de Marzo, con la lectura del editorialito publicado en el número correspondiente á dicho dia, y suscrito por el *pensador profundo y erudito investigador* Don Carlos Llauder, de quien ya tienen noticia nuestros suscritores.

El referido editorialito tiene por epígrafe: “*El cacao, el azúcar, el café y el tabaco,*” y ocupa la friolera de cuatro columnitas, lo bastante para hacernos dormir mas que á los siete durmientes cuya maravillosa y verídica historia refieren con todos sus pelos y señales el *Flos sanctorum* y el *Año cristiano*, y dieron lugar á que Calderon, si no recordamos mal, escribiera una famosa comedia titulada *Los siete durmientes*.—

El artículo, mejor dicho, el folleto empieza en un estilo semi-épico con las siguientes frases: “Cuando el inmortal Colon, atravesando osado con sus frágiles carabelas las inmensidades del entonces inexplorado Atlántico en busca del reino de Cathay, tropezaba con la tierra, que si no lleva su nombre solo es dable atribuirlo á juicios impenetrables de Dios, QUE QUISO CONSENTIR LA MONSTRUOSA INGRATITUD DE SUS CONTEMPORÁNEOS!...” ¿Los contemporáneos de Dios?—*C'est trop fort!*—

Entra luego el pensador profundo y erudito investigador en una serie de reflexiones filosóficas á cual mas profunda y trascendental sobre el oro y la plata y las riquezas que encontraron los europeos revolviendo las entrañas de la América, y queriendo asentar una vez mas su reputacion de erudito investigador, se remonta al tiempo en que los griegos viendo que su país no daba ya bastantes higos y aceitunas, higos y miel para alimentarlos á todos, mandaban el sobrante de su poblacion á las vecinas costas de Asia.

Todo esto lo dice el Sr. Llauder con la mayor naturalidad, como el que no quiere ahondar mas, como pudiera, en sus eruditas investigaciones. No para aquí la cosa. Bueno seria que nos dejara á la mitad del camino: nada de eso. Habla en seguida de los galos y de los germanos, y hasta de los hijos de Erin, y se estasia luego en la descripcion de los adelantos del arte culinario entre los romanos, arte que se elevó entre ellos á la categoría de ciencia profunda.

¿Con cuánta fruicion, con cuánto deleite el Sr. Llauder entra á darnos la receta del modo mejor de condimentar el caracol, y de la manera con que lo criaban los contemporáneos de Lúculo y Apicio!..... ¿Cuántos detalles! ¿Qué minuciosidad en la descripcion!—¡Caracoles

con el Sr. Llauder y sus caracoles!—Casi nos arrepentimos de vivir en este siglo. Cuanto mejor no seria haber nacido en los tiempos de los emperadores romanos aunque no fuera mas que para disfrutar de esas salsas de caracoles tan deliciosamente descritos por el profundo pensador y erudito investigador?

Pero no es esto todo. No contento con los varios párrafos que dedica á la importante y trascendental cuestion de los caracoles, se ocupa á renglon seguido el Sr. Llauder del hígado de ganso, instruyéndonos de paso, que para hacer mas succulenta dicha entraña, los romanos alimentaban á los gansos con higos. Pues no faltaba mas sino que el erudito investigador dejara pasar por alto una cosa de tanta importancia como esa!

Suma y sigue. Y no solo de los hígados de ganso nos habla el Sr. Llauder, sino de los jabalíes de Lucania servidos enteros como si estuvieran vivos; de los pavos reales, de los peces raros &c—cosas todas del mayor interés para los lectores de la *Prensa* que se dediquen al arte culinario y quieran rivalizar con los Vatel y demas héroes de la cocina.

Tres columnas mortales ha empleado el autor en decir lo que dejamos espresado en los anteriores párrafos, y á fé que para manifestar que el cacao, el azúcar, el café y el tabaco son artículos muy buenos y que tienen muchos detractores, nos parece que el exordio pasa todos los límites de lo que puede soportar el lector mas paciente y benévolo.—

Porque, en resumidas cuentas, ¿qué nos dice el Sr. Llauder del azúcar, del cacao, del café y del tabaco? Del azúcar—que ha dado origen al cultivo de la remolacha. Hé aquí todo lo que se le ocurre al pensador profundo y erudito investigador.—¿Cónque el azúcar solo ha dado origen “á la guerra que á la caña de azúcar han declarado las naciones que no teniendo colonias se mueren de envidia al contemplar la riqueza de la perla de las Antillas, debida en buena parte á ese producto precioso?”—A la verdad, Sr. Llauder, que ó vuesa merced ha olvidado algo de mas trascendencia á que ha dado origen y que sustenta el cultivo de la caña de azúcar, ó la filosofía de vuesa merced no es nada elevada que digamos. Nos atenemos á lo último.

Sí, nos atenemos á lo último, y con mucha mas razon despues de leer lo que dice vuesa merced del café, en que, al hablar de sus propiedades, habla en estos términos:—“Solo así se explican los fenómenos que producen en muchos que diariamente lo toman. *Negrófilo* rabioso hay que degollaria sin remordimiento á todo el que esclaviza al hijo de Africa, y puesto delante de una taza de café, olvida por completo que este es el producto del trabajo no libre..... &c &c.” Todo lo que sigue es chispeante y espiritual en sumo grado; es la quinta

esencia de la agudeza del ingenio, de la sublimidad de las doctrinas filosóficas del profundo pensador y erudito investigador que escribe sus interminables artículos para la *Prensa* de la Habana desde la corte y villa de Madrid.

Ahora bien: que se empleen cuatro columnas de un periódico diario para decir en resumidas cuentas que el café y el tabaco de América no tienen rivales en Europa, y que el cultivo de la caña de azúcar no ha producido otra cosa que el de la remolacha, y que se apoderen de este tema para predicar las doctrinas de atraso reaccionarias de que hace gala el Sr. Llauder, nos parece que es abusar de la paciencia de los suscritores, sin que baste á escusarlo la disculpa con que termina el autor su trabajo, que se parece á lo de aquel que decía "no soy mas corto en mi carta, porque no tengo tiempo."

Y basta de *Prensa de la Habana* y de sus colaboradores.

* *

En Puerto Príncipe, como deben saber nuestros lectores, campeaba hasta ahora por sus respetos *El Fanal*, que durante luengos años fué el único diario que viera la luz en el lejano Camagüey. Era una especie de *Diario de la Marina* que, entre curiosidades dignas de notarse, contaba con una especie de redactor ó colaborador semanal que bajo la firma de F. P. T. escribía, y escribe, los artículos mas francamente cómicos que puedan darse, para edificación del público cristiano de Puerto-Príncipe. En resumidas cuentas: el *Fanal* era un diario un tanto mal redactado, de doctrinas un tanto reaccionarias, que arrastraba la existencia que arrastran la mayor parte de los periódicos del interior.

Pero como todo en este mundo tiene su fin, los tiempos de beatitud seráfica y tranquilidad del *Fanal* concluyeron, pues de la noche á la mañana apareció una *Antorcha* que arroja la luz que el *Fanal* no esparcía. No le agradó mucho la especie á este último y la emprendió con su nuevo competidor, y para eso no creyó nada mas conveniente que arrojarle de lleno en el mar donde patanean Don Quijote, Sancho Panza y los perrillos falderos. Es decir, que se ha convertido en un reaccionario furioso, desesperado, intransigente y encarnizado.

Ha tenido sus polémicas con *La Antorcha*, y las cosas han llegado hasta el extremo de publicar el *Fanal* las siguientes líneas.

"Puede *La Antorcha* excusar su visita á esta Reduccion, si quiere evitar al repartidor el trabajo de volvérsela á llevar."

¡Qué lástima que no se le haya ocurrido esto al *Diario de la Marina*!

!Risum teneatis!

TRIBILIN.

AL BURRO.

Porque el hombre se alza en su soberbia y se cree tan libre como el pollino del asno montés. Job. cap. XI v. 12

En los tiempos de Job el pacienzudo
Era tenido el burro en gran valía;
Para probarlo al mismo Job acudo,
Que esos tiempos censurar solía
Al hombre presuntuoso, torpe y rudo
Que libre como el burro se creía;
Como si el burro nada ménos fuera
Que un ciudadano inglés de nuestra era.

Mas *témpera mutantur*: tu destino
¡Cuán diferente es hoy de lo que fué!
Cuando acaso te encuentre en un camino
Cargado con dos sacos de café,
Bailando al son de un palo el *torbellino*,
No pudiendo tenerte mas en pié;
Viene el recuerdo triste á mi memoria
De aquellos tiempos de tu antigua gloria.

No puedo ménos que fruncir las cejas,
Llenándome de justa indignacion,
Al mirarte sin rabo y sin orejas
Tirando de un pesado carretón;
Al ver que tú ¡infeliz! nunca te quejas
Ni quieres sacudir tu humillacion
Al mirarte sufrir, noble pollino,
Con el digno valor de un granadino.

Los hombres de este mundo son ingratos,
El hombre es de perverso natural:
Esa invencion que llaman garabatos
Es invencion infame, criminal.
¡Cuántos te proporciona malos ratos
El hombre vil con su invencion fatal!
Por eso, aunque de horror me despeluzno,
Disculpo tu fatídico rebuzno.

Hay veces que al mirar tu desventura,
Al mirar esas tuertas angarillas
Lastimar ¡oh dolor! la matadura
Que te hicieran sangrienta en las costillas,
Mil lágrimas yo siento de amargura
Rodar quemantes por mis dos mejillas....
Sí, lloro al ver que hay hombre á quien se ocurra
Tratar al burro así y así á la burra.

¡Quién habrá que hondamente no se duela
Al ver un despiadado zambalgote
Añadirse á la carga de panela
De sobornal á guisa,—echarte al trote
Entonando su torpe cantinela,
Los piés cruzando ¡oh burro! en tu cogote?
Semejante espectáculo á Neron
Ablandara sin duda el corazon.

Dichosamente te dotó natura
De una grave cachaza, burro amigo,
Con ella de suerte la amargura
De tu destino bárbaro enemigo,
Páras los golpes,—tu existencia dura
Sufres con tanta calma....mas ¡qué digo?
¡Hallarte un parecido!—¡intento vano!
Mas sufrido que tú....¡ni un espartano!

Si ingrato el hombre y bárbaro no fuera,
Premiar supiera ¡oh burro! tus servicios;
Si en mi mano tu suerte, ay! estuviera
Te colmara de honor y beneficios;

Y si un instante dictador me viera,
Aun á costa de ingentes sacrificios
En cada plaza mandaría al momento
Al burro levantar un monumento.

¡Pobre pollino!—Si el americano
Pensara en que sin tí nada sería!....
Si no hubieras pasado el oceano
Para venir acá ¡quien serviría
En tu lugar al vil rústico insano
Que á palos con crueldad torpe te guía?
Si por el burro bienhechor no fuera
¡Habría mulas para andar siquiera?

De paz emblema el burro,—nó, de guerra...
¡El burro!... el burro!... ¡Oh, bella patria mía!
Si grandes almas hay en esta tierra
Si hay aquí quien aprecie la hidalguía
Y las virtudes cívicas que encierra
En sí el buen animal,—haced que un día
Tributando homenaje á la virtud,
Se le erija una estatua en gratitud.

FLAGEOLET.

EPIGRAMA.

Bella Margarita,
Me agradan tus rizos,
Tu hermosa castaña,
Tu frente de armiño,
Tus mejillas cándidas,
Tus labios carmíneos,
Tus menudos dientes
Como el nácar nítidos,
Y tu ebúrneo seno,
Y tu breve cinto.....
Cuitado ¡qué dices?
Ay! todo es postizo!
Y todo se ha comprado
En las calles de O'Reilly y del Obispo.

FLAGEOLET.

BASES DE LA PUBLICACION.

Consta de 8 páginas de esmerada impresion, con caricaturas, y vé la luz todos los Domingos.—Precios de la suscripcion: \$1 en la Habana y Matanzas cada mes, y en los demás puntos de la Isla \$3. 50 por trimestre, adelantados, franco de porte.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Librerías de CHARLAIN y ABRAIDO, Obis, po 34 y 36.—Papelería la CRUZ VERDE, Mercaderes 29.—Librería de SANS, calle de la Muralla.—Cigarrería la CHARANGA de Villergas, O'Reilly 9½.—Imprenta de la Viuda de BARCINA, Reina 6.—Papelería la PRINCIPAL, Plaza del Vapor 36.—Café el LOUVRE, Calle de S. Rafael.—Imprenta la ANTILLA, Cuba 51, y en la Imprenta del TIEMPO Cuba, 71.

Imprenta del TIEMPO Cuba 71.